

## Merkel, la China y nosotros

por Romeo Orlandi\*

El coro en contra Angela Merkel, corre el riesgo de convertirse en fuera de tono. Muchas, demasiadas gargantas cantan la misma canción: la razón es válida, pero no es una voz común. Prevalece el mismo estribillo que se convierte en un mantra: el crecimiento es mejor que el rigor, Keynes es más útil que Friedman, Washington está más a la izquierda de Berlín. Todo es cierto, pero es previsible, fácil y conveniente. Angela Merkel no es la ama de casa obstinada que se retrata, el ejemplo de una torpeza alemana que no se dobla a los nuevos escenarios. Mejor, representa los intereses que tienen la dignidad de las ideas que los sustentan. Muy probablemente equivocados, son ineficaces y contraproducentes.

La Canciller se merece las críticas que le están apuntando. Su punto de vista rígido, la deja sola, en minoría incluso en su país. No es el terror de Weimer que la inspira, cuando un moralismo se combina con la desconfianza. Raciocina como un contador, mientras que el mundo necesita de visión. Un país tan grande no debe limitarse a engañar a sus mismos méritos, sin tener en cuenta las debilidades de los demás. Kanzlerin no parece entender que el bien de Europa - Grecia incluida - es Alemania, un país virtuoso no puede resistir sin salvar los vecinos que se hunden. No puede atrincherarse en la diversidad, mientras que los bancos alemanes, las empresas, los inversores necesitan un mundo no sólo reglado, sino también en marcha. ¿Dónde irían acabar de otra forma sus bienes y su capital?

Sin embargo, no existe sólo rigor en la política de Merkel. Ni todas las críticas que le hacen están justificadas. En primer lugar tener una economía sana es una virtud y no una fuente de envidia. Mientras que la producción se ve perturbada en el Oriente, la Alemania sigue siendo un gran país de fabricación. China se ha convertido en el primer exportador del mundo, pero Berlín sigue el envío de productos de calidad en relación a Pekín.

El Dragón invade el mundo con sus productos, pero Alemania se jacta de un superávit comercial con China. Contemporaneamente, Volkswagen produce más automóviles en Shanghai que en Stuttgart. La fórmula es aparentemente sencilla: basta producir mejor de China. Se remonta a décadas atrás de política industrial, donde las grandes empresas se han modernizado y se han acumulado los beneficios. Fueron útiles las reformas en el mercado laboral, con la participación de los empleadores y de los sindicatos, bajo la dirección de un gobierno serio y eficiente. Se han beneficiado de los fondos recibidos para la investigación, los productos de transferencia inteligente en Europa del Este, la consolidación de un régimen democrático. Todo esto es, obviamente, el mérito de Alemania y no de Angela Merkel.

En otros países europeos la política industrial fue cancelada, la educación penalizada, la contabilidad falsificada. La economía crecía con deuda pública y el talón inmobiliario, el populismo se afirmó rasante al fascismo. ¿Alemania debe ayudar a esta Europa? Sí, si no lo hacía sería egoísta y suicida. ¿Tiene esta Europa el derecho a pedir ayuda a Alemania? No siempre y sólo bajo ciertas condiciones. Alemania propone un impuesto sobre las transferencias financieras, que deben llegar al mundo anglosajón y uno de los fundamentos del liberalismo. La esfera política podría asumir una seria responsabilidad, desafiando a la omnipotencia de los mercados y dando oxígeno a las arcas de los estados. Sin embargo, la propuesta se estanca.

Berlín propone un fortalecimiento de las instituciones europeas a las cuales cederá porciones de soberanía nacional. "Más Europa" sería un posible antídoto para el tope inconclusivo que causa la arquitectura actual. Grecia fue condenada por sí misma, por la visión miope de Merkel que la sacrificó en las elecciones regionales de su país, por las instituciones europeas cobardes. Bruselas podría tener un papel más fuerte, sin ser bloqueado por los intereses nacionales. Son estos últimos que suspenden cualquier progreso. Sería necesario redistribuir el peso, pero cualquier cambio dejaría espacio a Berlín, sustrayendo al de París y Londres.

Este es el meollo: la resistencia anglo-francesa de reconocer que el conflicto terminó hace casi 70 años y después de un interminable pos guerra parece que va a llegar al fin. Nosotros pedimos - con razón - a Alemania para asumir mayores responsabilidades, pero sin conferir los poderes que su tamaño justifica. El país es económicamente necesario, pero todavía no se concedió el curso político, institucional y militar que serían necesarios para intervenir. Invoca generosidad para escapar de la emergencia, no para revisar los mecanismos que llevaron a la emergencia. En este contexto, la miopía de la Canciller encuentra argumentos para su defensa, pero no la absolven. Ella insiste en no entender que el rigor no es antagónico al desarrollo, sino sólo su premisa. Ella se convirtió en un tótem de segunda mano, pero sería mejor utilizarlo como un trampolín. Necesitamos de volverla más flexible, sin pesadumbre por la inflación, la deuda pública, la finanza creativa.

**La política industrial de Alemania le permitió triunfar en el mercado chino. Todo será inútil si Europa caer.**

\*Presidente del Comité Científico de Osservatorio Asia